



Un Carisma vivo, un Camino compartido 150 años de las Hijas de Jesús

*Abril de 2021
Fe y Confianza*

Nos tiene en sus manos

**Por Catherine S. Cheong, FI
Provincia Índico-Pacífico**

No podíamos imaginar que en el siglo XXI estaríamos emprendiendo una jornada de fe, de confianza y de esperanza mientras una pandemia avanza, interrumpe y cambia la vida tal como la conocemos. Hoy, al vislumbrar el amanecer de la esperanza, recuerdo a los grandes hombres y mujeres de Dios a través de los siglos y de los diferentes tiempos. Recuerdo especialmente a la amada mujer cuyo estilo de vida y espíritu seguimos: nuestra Madre Fundadora.

A medida que el virus se despliega rápidamente y se lleva por delante muchas vidas, la mayoría de nosotros nos sentimos perdidos. A veces nos preguntamos: “Si la Madre Fundadora estuviera viva hoy, ¿cómo enfrentaría esta situación? ¿Cómo se puede tener fe y confianza en tiempos como estos?”. Se convierte en una ocasión para recordar cómo se aferraba a Aquel que más la amaba.

La Madre Fundadora no lo tuvo fácil. Fundó la Congregación en un momento de inestabilidad política. Luchó con la falta de recursos y, a veces, le faltó el apoyo de sus propias hermanas. La comunicación con el P. Herranz se cortó. Tuvo que tratar con el Obispado de Salamanca, acreedores, incluso enfermedades, fallecimientos, dificultades con las fundaciones. Ella sufrió mucho. Pero al leer sus cartas, uno percibe un sentido subyacente constante de ecuanimidad, una especie de paz, de fe y confianza en que Dios la acompañaría. Sus dichos conocidos nacieron de sus momentos más difíciles. Quién puede olvidar estas palabras: “En El todo lo tenemos y sin El todo lo tenemos perdido. Fe, fe, fe, viva, constante y eterna...” (Carta 13).

En los primeros años de pocas vocaciones, dijo: “Pueden comprender cómo estamos, pero tengo mi confianza puesta en Dios, en su santa providencia” (C 37). En un momento en que una pequeña comunidad estaba enferma, afirmó: “Tengan mucha fe y esperanza en Dios y su Santísima Madre...” (C 35), algo que reiteraría en otros casos de enfermedad. Tras decirle a las hermanas que recibieran tratamiento médico, añadiría: “Tengamos fe y esperanza en Dios nuestro Señor” (C 53) y “reciba con mucha fe todo lo que su divina y santísima voluntad disponga...” (C 71).



Un Carisma vivo, un Camino compartido 150 años de las Hijas de Jesús

En las muchas dificultades con las fundaciones, su fe y confianza permanecieron firmes: “Dios es nuestro Padre y mirará por nosotras” (C 40), “Dios nuestro Señor nunca nos abandonará, pues somos sus hijas... trabajemos mucho con las niñas por la gloria de Dios y con mucha confianza en su divina providencia”. A menudo estaba enferma, y en ocasiones gravemente enferma, y sin embargo al P. Joaquín Pérez Pando, OP, con quien mantuvo una afectuosa amistad y comunicación que se extendió por muchos años, le dijo: “... el poder de Dios es muy grande; pues a pesar de haber pasado una enfermedad tan larga y de sufrir tantos disgustos, todavía vivo” (C 15).

La falta de fondos para construir escuelas fue una preocupación constante. A veces, la inscripción era baja, pero ella simplemente dice: “Dios lo puede remediar todo” (C 140). Con noticias sobre un cambio de maestras y la salida de algunas niñas, expresó: “Así es el mundo, hija mía; Dios sea bendito y Él lo remedie todo, pues es el que todo lo puede” (C 405). Su consejo para una joven que buscaba la voluntad de Dios para ella fue: “Pide con mucha confianza, humildad y perseverancia, que ya te llegará el día, porque el Señor desea que se lo pidamos y le expongamos nuestras necesidades” (C 435).

Su fe y confianza nacieron de una profunda relación de amor, y su experiencia de la fidelidad de Dios y la paternidad compasiva la marcaría toda su vida. La CGXVIII (Det. 12) afirma tan acertadamente: “La experiencia de sabernos nada incondicionalmente por Dios nos lleva a tener una postura vital de confianza plena y total en el Padre”.

“Siguiendo el espíritu de la Madre Cándida, con la confianza puesta en Dios” (CG XVII, Det. 37). ¿Cómo vivimos la fe y la confianza, cada uno según su vocación, en la situación global en la que nos encontramos? En lugar de decirles cómo, permítanme compartir lo que he sido testigo de primera mano sobre la fe y la confianza en acción. Estas imágenes, grabadas en mi mente y corazón, hablan por sí mismas de manera muy potente.



Son imágenes de familias que se reúnen prácticamente todas las noches para orar unos por otros y por el mundo, compartir la fe, celebrar la vida; personas que con sus teléfonos móviles y portátiles prestan una escucha compasiva y dan una palabra de consuelo a los afligidos; hijos e hijas y vecinos que deja comida y provisiones en la casa



Un Carisma vivo, un Camino compartido 150 años de las Hijas de Jesús

de sus padres ancianos y amigos dando a los ancianos la fe y la confianza de que todavía hay buenas personas en el mundo; las oraciones diarias de las hermanas con listas largas de personas por las que interceder, que confían hasta el cielo para las personas queridas; religiosas repartiendo comida a los pobres y los que han perdido el trabajo, confiando en que Dios que nunca nos falla, aumentará la ayuda para las necesidades de los marginados. Todo esto da vida a las palabras de la Madre Fundadora: “Pongamos todos en las manos de Dios” (C 188) ... “tenga mucha confianza en Él, que es el Padre que de todos cuida” (C 139). Y tú, al ver estas fotos, ¿que imágenes contemplas en tu corazón?



El Papa Francisco afirma de manera conmovedora: “La mirada creyente es capaz de reconocer la luz que siempre derrama el Espíritu Santo en medio de la oscuridad...” (EG 84). Significa “creerle a Él, creer que es verdad que nos ama, que vive, que es capaz de intervenir misteriosamente, que no nos abandona, que saca bien del mal con su poder y con su infinita creatividad” (EG 278).

Termino con el amor que se traduce en la vida. Cuando pienso en Dios, nuestro Padre compasivo, la imagen que tengo es la de las “manos”, “manos” de un Padre que conoce nuestras flaquezas y nunca nos abandona. Como escribió Henri Nouwen:

“... manos. Me han abrazado desde la hora de mi concepción, me han acogido al nacer, me han abrazado al pecho de mi madre, me han alimentado, me han calentado... me han protegido en momentos de peligro y me han consolado en momentos de dolor... me dijo adiós y siempre me dio la bienvenida. Esas manos son las manos de Dios. También son las manos de mis padres, maestros, amigos, curanderos y todos aquellos a quienes Dios me ha dado para recordarme cuán seguro estoy sostenido¹”.

Y así como Él nos muestra su cuidado en las muchas manos que nos han sostenido, especialmente en estos días, ¿no seremos nosotros también manos de Dios para los demás?

¹ Nouwen, Henri. *The Return of the Prodigal Son*. St. Paul Press Training School in India by arrangement with Darton, Longman and Tood, Letd. 2010, p. 108